

Ordóñez, escultor, y la del propio relatista, paidólogo. Son vidas atenaceadas y corroidas por las limitaciones ambientales y, sobre todo, selladas por la ya incurable propensión alcohólica. Ellas resultan, en cierto modo, el desarrollo vivencial de la teorización con que comienza el libro.

De esta manera, el relato gana hondura, síntesis, y se hace emocionalmente desgarrador por la franqueza con que el novelista vierte esas biografías preñadas de sucesos infelices, de frustraciones y, en especial, dominadas por la certeza de que cuanta apetencia normal subsiste aun en ellas, sigue ensombrecida por el probable recrudecimiento de la inclinación a la bebida.

La parte que hemos señalado como propiamente novelesca —la más extensa del libro— está construida sobre el contraste entre las aspiraciones naturales de ternura, amor y éxito, anidadas en estos dos hombres, y el derrumbe que esas aspiraciones van experimentando con el progreso del mal. Es decir, no se produce aquí la persistente monotonía negativista que desvitaliza otras novelas recientes. Alimentada de experiencias reales, ofrece también la luminosidad de las evocaciones infantiles, una tierna historia de primer amor, instantes de suprema felicidad pasional, denodada lucha contra el embrutecimiento alcohólico, etc.

Por cierto, "Sangre de Murciélagos" es, en fin de cuentas, un libro sombrío, amargo, espeluznante a ratos, perturbador y doloroso. Sin embargo, no es falso. Si se prescinde de algunas claras caídas en la descripción naturalista o del culturalismo algo adventicio que campea en los capítulos iniciales, no hay duda de que se trata de una novela extraída de una realidad parcial, frecuentemente sicopática, monstruosa en alguna escena e impregnada de pesimismo, pero intensamente veraz y hasta llena de vibraciones personales.

YERKO MORETIC.



*El Sueño de Amadeo*, de CLAUDIO GIACONI.

Editorial Universitaria, 1959

"¿Qué conocen ustedes de este hombre? Sólo ven a un ser que disimula, que se presenta en caricatura y que parece fuerte..." (*Amadeo*).

UN ADOLESCENTE hipersensible advierte agudamente el impalpable tránsito de la infancia a la madurez, cuando la repetida imagen onírica de unos lejanos tíos termina por aparecérselo como la representación de la decrepitud senil.

Esos tíos, quizás por qué razón —pues poco los conoce y hasta le resultan antipáticos— habían llegado a constituir para él la posibilidad de poner fin a su torturada soledad y un probable apoyo a su desvalimiento síquico. De ahí que los erigiera en anhelado lenitivo de sus angustiosas y vagas inquietudes de muchacho. ¿Por qué, por qué? No logra explicárselo; pero, al recordar que ellos fueron jóvenes de cuerpos espléndidos, que sintieron el orgullo y la soberbia de la edad juvenil, que se amaron “en perpetuo deslumbramiento” y que ahora, en cambio, “el orgullo y la soberbia de los sentimientos de la briosa juventud doblaban la rodilla y pagaban su tributo, aplastada y vencida por ese paso insensible del tiempo, allí donde el tiempo imponía la senectud degradante —los años crepusculares e impotentes—, donde antes sólo existiera un nudo poderoso de nervios vitales, capaz de alimentar con los vastos placeres de la tierra, o de rechazarlos con la misma facilidad”, al recordar y comprender todo esto, se le hace sumamente doloroso para él mismo el implacable decurso temporal. Sobre todo, en la confrontación de estos dos planos vitales contrastantes en su contemporaneidad —el que Amadeo ocupa y el de sus tíos— adquiere la evidencia de que ha dejado de ser niño.

Proust y Wolfe, entre otros autores, elaboraron páginas extrañamente lúcidas sobre la desazón que asalta a veces al ser humano —concretamente al adolescente— cuando su sensibilidad y su conciencia captan o quieren captar el irrefrenable proceso vital. Dichos novelistas expresaron así el miedo a la vejez, el natural deseo de la eterna juventud, el horror a la paulatina invalidación sicofísica... La plenitud mental y corpórea comienza a desmoronarse y nada es capaz de detener ya tan temida desintegración.

Pero Amadeo enlaza la fuga de su adolescencia y el orgullo y soberbia consubstanciales a ella con lo que él denomina, muy prosopopéyicamente, “el fracaso de su vida”. Allí encuentra el motivo de sus angustias más intensas, “en esa soberbia que había abierto un tajo entre él y lo circundante”.

Sin embargo, ¿cuál es ese fracaso, taxativamente? Amadeo se siente rodeado por una atmósfera hostil. En él, “todos ven a una especie de oportunista... Todos ven y creen que este hombre es insensible y que su ambición desmedida ha empequeñecido su alma”. Pero no lo conocen, pues el orgullo que lo acoraza le ha restado apariencias, expresión, al entrañable deseo de ternura y a la ilimitada capacidad sentimental que en verdad alimenta.

Se podría tratar de proseguir desenmadrando el contenido de este complejo cuento, tarea nada fácil, por lo demás. Pero creemos que aquí está resumido lo esencial. Lo cierto es que Giaconi reitera algunos problemas y

tópicos ya presentes en sus relatos anteriores: la terrible sensación de soledad vivida por un joven frente a todos, la certeza de no ser entendido, la búsqueda ansiosa de algo o alguien que le permita entregarse, "depositarse", la aprehensión hiperestésica de los rasgos negativos que caracterizan a las personas que lo rodean, la desvalorización de lo circundante, y... una tremenda soberbia juvenil.

¿Hasta qué punto toda esta problemática no es sino una exacerbación enfermiza de estados de ánimo transicionales en un adolescente sensible y cultivado? ¿Hasta qué punto Giaconi ha magnificado sus individualistas concepciones y las considera denominador común de la joven intelectualidad? ¿No le resultaría, acaso, más provechosa la extraversion hacia urgencias e inquietudes de mayor gravitación social, dado el carácter definitorio de la especie que este último rasgo posee?

Cualesquiera que fueren las respuestas a tales interrogantes, no podrían eludir un hecho fundamental: Giaconi ha estado revelando talento excepcional en sus obras, talento que amalgama una rica sensibilidad y un poder expresivo notable que se traduce en un estilo algo moroso, pero lleno de sugerencias y matices. A estas virtudes se une el decidido e inteligente esfuerzo que muestra por alcanzar profundidad y perfección en su carrera de escritor.

Pero estos méritos, rara vez concentrados como en el presente caso, entran en función y se afinan sólo a través de un contenido cuyos elementos personales son hiperbolizados y, en consecuencia, desprendidos artificialmente, en grado considerable, del tronco colectivo que constituye su carácter primordial. Lejos está Giaconi de caer en el sicologismo arbitrario y especulativo. Inclusive, demuestra tener conciencia del peligro de inautenticidad que él acarrea; pero no se libera tampoco de la parcelación metafísica de la realidad en que se sustenta y hasta niega la interdependencia propia de todas las cosas y de todos los fenómenos.

En el denso prólogo que acompaña a "El Sueño de Amadeo", Giaconi afirma, con mucha razón, que "una obra es buena o mala, según sea auténtica su vivencia y siempre que ésta se trasnute debidamente en una categoría estética". Esto último, a nuestro juicio, ha sido obtenido felizmente por el joven escritor. Sin embargo, hasta ahora, ofrece la tendencia a persistir sólo en las que han sido sus vivencias infantiles o adolescentes, sin que permita avizorar una mayor ampliación y el subsecuente enriquecimiento de su bagaje vivencial.

Cuando agrega que "la intimidad individual está referida a lo que es propio de la experiencia humana general", dice algo efectivo si no olvida que

la intimidad individual en un artista es fecunda sólo en la medida en que se nutra de la experiencia humana general, pues ésta no resulta simplemente de la suma de los acaceres individuales, sino que es la conformadora, condicionante y, muchas veces, determinante, de dichas individualidades. La experiencia humana general es la experiencia del hombre social, de las relaciones sociales que los hombres necesaria e inevitablemente entablan y ellas constituyen el trasfondo ineludible de las experiencias individuales, en mayor o menor grado. No se trata de un promedio estadístico, sino de una realidad distinta y, sobre todo, básica, en última instancia.

YERKO MORETIC.



*Puerto Engaño*, de LEONARDO ESPINOZA.

Editorial Nascimento, 1959

MEDIANTE UNA LUCHA desesperada y sin tregua, un muchacho procura subsistir en un mundo en que, al peligro del aniquilamiento por hambre y frío, se unen aquellos riesgos originados en la vileza de seres humanos a los cuales las exigencias de esa misma lucha han vuelto violentos y crueles. Son hombres provistos de una feroz agresividad, muchos; tortuosos y traicioneros, otros; todos encenagados en el vicio y en el delito sin freno, hasta tal punto que semejan agitarse en las miasmas de un avanzado grado de descomposición social.

El muchacho es chileno; tiene sólo 17 años y llega a Nueva York tras la fortuna. El mundo turbio y temible en el cual se debate está formado precisamente por barrios, pensiones, prostíbulos, garitos y muelles de la gran urbe, hirvientes de miles y miles de latinoamericanos urgidos, asimismo, por la imperiosa necesidad de no ser destrozados.

Leandro, nuestro compatriota, es uno de los pocos que, junto con proteger su vida, también defiende todavía el derecho a mantenerse digno, a no dejarse arrastrar hacia los bestiales recursos que los demás insensiblemente han tenido que utilizar.

Durante cinco años soporta esa lucha, logrando liberarse de sus ásperas y peligrosas alternativas solamente cuando por fin regresa a Chile.

Tal es el contenido central de esta apasionante novela de aventuras, diná-